

## SEMBLANZA BIOGRÁFICA DEL BEATO MANUEL GONZÁLEZ GARCÍA\*

ANA MARÍA PALACIOS, M.E.N.  
PALENCIA

### INTRODUCCIÓN

Muchas y muy variadas facetas tiene la vida del beato Manuel González, pero hay una idea amada y perseguida con toda la vehemencia de su alma, con todo el calor de su corazón, con todas las energías de su ser, y esta idea que se confunde con su vida, o con su mismo vivir, es la que da una maravillosa unidad a toda ella.

Los rasgos de su vida nos dicen que fue un sacerdote ejemplarísimo, párroco modelo de celo pastoral, padre de los pobres, educador de niños, escritor, propagandista, psicólogo, formador del clero, eximio director de almas, y muchas otras cosas que le honran, pero la fuerza motriz de su vida interior y de sus obras ha sido lo que pudiéramos llamar su vocación especial: ser el hombre, el sacerdote, el obispo del Corazón Eucarístico de Jesús, del Sagrario abandonado. Éste es el centro a donde convergen sus pensamientos, sus palabras y las obras de toda su vida, y que aún se perpetúa después de su muerte. La misma lámpara que alumbró el Sagrario de la catedral palentina, alumbró la losa desde donde sigue gritando el apóstol del Sagrario: ¡Ahí está Jesús!

En la biografía de este gran Obispo, gloria del Episcopado español, no puede ponerse un capítulo que se titule “Su devo-

---

\* Todas las citas están tomadas de las *Obras Completas* del Beato Manuel González (Burgos 1998).

ción a la Eucaristía”, porque este capítulo sería toda su vida. No es la Eucaristía en su vida un accidente, es su todo. Él lo quiso así: “Todo por, con y para el Corazón de Jesús Sacramentado”.

Todos los actos de su vida no son más que las diversas estrofas de un Tantum ergo que no ha terminado ni con la muerte... A los pies del Sagrario están sus restos como un homenaje de adoración, mientras su alma adora sin velos al Señor.

Esa vocación al Sagrario abandonado, tiene su epifanía, que en las más grandes ocasiones de su vida adquiere nuevos fulgores. Comienza casi al mismo tiempo que su sacerdocio, se estabiliza y adquiere forma con la fundación de su Obra para los Sagrarios-Calvarios; se confirma en la elevación al episcopado, se perpetúa hasta después de su muerte, en su sepultura, en sus libros, en sus obras, que viven como vive su alma. Tenía esa gran misión en la Iglesia y la ha realizado.

Si al Bautista se le presenta señalando al Cordero de Dios, al gran Prelado de la Eucaristía habríamos de representarlo señalando al Sagrario convertido en Calvario por la ingratitud y el abandono de los hombres: ¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No dejadlo abandonado!

## I. INFANCIA Y JUVENTUD

Nació en Sevilla el 25 de febrero de 1877 y murió en Madrid, siendo Obispo de Palencia, el 4 de enero de 1940, en el Sanatorio de Ntra. Sra. del Rosario.

Sus padres don Martín González Lara y doña Antonia García Pérez eran de Antequera, pero se establecieron en Sevilla en 1875, donde don Martín estableció un taller de carpintería y ebanistería. Matrimonio ejemplar. Doña Antonia fue el prototipo de la mujer bíblica que describe el libro de los Proverbios. Comulgaba a diario, cosa que no era costumbre en su época, y acertó a inyectar en sus hijos, especialmente en Manuel, la profunda piedad eucarística que respiraba.

Fue bautizado a los tres días de nacer en la parroquia de San Bartolomé Apóstol y confirmado en el Palacio arzobispal por el Cardenal don Ceferino González el 5 de diciembre de 1886. El 11 de mayo de ese mismo año hace su Primera Comu-

nión en la iglesia de las Escuelas de San Luis de las que fue alumno tan aventajado, que a los ocho años decía el maestro a sus padres que ya no tenía nada que enseñarle y le servía de ayudante para los demás niños. Más tarde fue admitido en el Colegio de San Miguel, en donde el Cabildo se preocupaba de la formación esmerada, literaria, moral y musical de los niños de coro. Tanto destacó entre sus compañeros que pronto fue seleccionado para el puesto de “seise” en la Catedral sevillana. Se sintió profundamente dichoso con este privilegio en el que tanto había soñado y que le sirvió para entusiasmarse aún más por todas las manifestaciones de la vida mariana y del culto eucarístico.

Otras ilusiones tuvo Manolito que no se vieron cumplidas. Una de las mayores era tener una cartera para los libros cuando iba al colegio. ¡Qué feliz se sentía viéndose con su cartera terciada al hombro...! Pero en la familia había otras necesidades más urgentes que atender.

Otro de sus sueños más ilusionantes era tener un burro. Un día llegó radiante a casa... Mamá, mamá, en la feria del Boquete se vende un burro por seis reales... ¡Negocio redondo, pensó él! Pero las reflexiones de la madre sobre las condiciones del pobre animal, le conformaron pronto.

Desde pequeño se advierte en él aquella agudeza, penetración y simpatía en que tanto había de distinguirse en su vida.

Dios le dio el don de alegrar los corazones, pero... un día el niño tardaba más de lo acostumbrado en volver a casa. Su hermano Francisco salió a buscarlo por los alrededores y lo encontró en la procesión de la Virgen de Valvanera, en la fila de los hombres con su vela en la mano. Al verlo se acerca y al intentar separarlo de la fila, Manolito que apenas tendría ocho años, dice muy serio a su hermano que ya tenía catorce: “retírate, retírate, que el Señor Cura no quiere niños en la procesión”. Ya apuntaba su gracia andaluza, siempre alegre y comunicativa.

## II. SACERDOTE

La esmerada educación religiosa recibida en su familia, verdadera iglesia doméstica, donde los padres predicaban su recia

fe mediante la palabra y el ejemplo, y los años pasados, con tanto provecho, en el Colegio de San Miguel, contribuyeron a depositar en su alma el germen de la vocación sacerdotal.

Su hermano mayor había estado en el Seminario unos años, pero no sintiéndose llamado al sacerdocio, salió. Cuando Manuel expone a sus padres su deseo de ingresar en el seminario, le ponen dificultades presintiendo y queriendo evitar un nuevo fracaso. Por eso, siendo un niño extremadamente dócil hace algo insólito; un día del mes de octubre del año 1889, sin decir nada a sus padres y de acuerdo con su párroco, se presenta en el seminario para la prueba, presentándose en casa con la papeleta de ingreso. “Papá, mamá, no me riñan, vengo del Seminario y ésta es la papeleta de ingreso y estoy aprobado”. Nerviosillo miraba a sus padres, pero no hubo riña y sí unas lágrimas que se deslizaron por el rostro de aquellos buenos padres. A partir de ese momento sus padres apoyan complacidos el firme propósito de seguir su vocación.

Fue un seminarista modelo a lo largo de todos sus estudios, con una vocación tan firme que muchas veces le oyeron repetir desde el seminario: “Si mil veces volviera a nacer, mil veces volvería a ser sacerdote”. Toda su vida vivió profundamente identificado con su vocación y misión sacerdotales.

De carácter alegre y risueño, salpicado de abundante sal andaluza, le hacían amable y querido de todos. Los que le conocieron y especialmente sus familiares, aseguran que jamás le veían triste. A su amabilidad y simpatía, unía una gran seriedad y firmeza de carácter.

Sus dotes de inteligencia le hicieron descollar entre sus discípulos; obtuvo siempre las mejores calificaciones y los primeros premios en todos los cursos de su carrera. Y esto a pesar de una frecuente cefalea que se le presentó a los 17 ó 18 años. A veces eran tan fuertes los dolores que le impedían seguir normalmente el curso de sus estudios, lo que suponía para él un gran sufrimiento.

El Rector del seminario, conociendo sus dotes de inteligencia y corazón dijo en una ocasión a su padre: “El rubillo, como siga derecho, va a ser una gran cosa; pero como se tuerza, es capaz de armar un cisma en la Iglesia de Dios. Manolito hará todo lo que se proponga; si se cae la Giralda y él quiere levantarla, a los pocos días la levanta; todo lo que quiera lo conseguirá”.

A una gran capacidad intelectual, a una clarísima y rápida comprensión, a una imaginación viva y ardiente, a un corazón noble y delicado, unía una voluntad firme como una roca.

### III. SU EXPERIENCIA CARISMÁTICA DE PALOMARES DEL RÍO

Se ordenó de sacerdote el 21 de septiembre del año 1901; anteriormente, en julio de ese mismo año, recibió el doctorado en sagrada Teología.

Lo que caracteriza su vida y sus obras es, sin duda, el carisma eucarístico; el Señor le concedió una fe profunda en la Eucaristía y un celo ardiente y hasta una pluma genial para darla a conocer y a amar.

La Eucaristía, pues, fue el misterio que marcó su vida dando unidad a todas las demás actividades, después de la experiencia vivida junto a un Sagrario abandonado.

Le sucedió en 1902, cuando contaba 25 años de edad y apenas unos meses de sacerdote. Fue con ocasión de su primera “misión” en Palomares del Río, pueblecito sevillano. Don Manuel ha viajado desde Sevilla. La visita a la iglesia y en ella al Sagrario lo deja desolado, tentado de volverse y emprender la huida. Pero no cedió a la sensación de derrumbe. Venció la valentía de su fe. Don Manuel describe la fuerza de esta gracia inicial y carismática.

“Me ordené de sacerdote y, pasado el primer cuarto de aquella espiritualmente sabrosa luna de miel, me mandaron los superiores a dar una misión a un pueblecito (...). Fuime derecho al Sagrario de la restaurada iglesia en busca de alas a mis casi caídos entusiasmos... y ¡qué Sagrario! ¡Qué esfuerzos tuvieron que hacer allí mi fe y mi valor para no volver a tomar el burro que aún estaba amarrado a los aldabones de la iglesia y salir corriendo para mi casa!

Pero no huí. Allí me quedé un rato largo y allí encontré mi plan de misión y alientos para llevarlo a cabo; pero sobre todo encontré...

Allí, de rodillas, ante aquel montón de harapos y suciedades, mi fe veía, a través de aquella puertecilla apolillada, a un Jesús tan callado, tan paciente, tan desairado, tan bueno, que me miraba... De mí sé deciros que aquella tarde, en aquel rato de Sagra-

rio, yo entreví para mi sacerdocio, una ocupación en la que antes no había ni soñado.

Ser cura de un pueblo que no quisiera a Jesucristo, para quererlo yo por todo el pueblo, emplear mi sacerdocio en cuidar a Jesucristo en las necesidades que su vida de Sagrario le ha creado, alimentarlo con mi amor, calentarlo con mi presencia, entretenerlo con mi conversación, defenderlo contra el abandono y la ingratitud, proporcionar desahogos a su corazón con mis santos Sacrificios...

Para el interés de mi historia baste decir que la impresión de aquel tristísimo Sagrario, de tal modo hizo mella en mi alma, que no solamente no se me ha borrado, ni se me borrará en la vida, sino que vino a ser para mí como un punto de partida para ver, entender y sentir todo mi ministerio sacerdotal de otra manera, no sé si llamarle menos poética o más seria.

Al poema pastoril de mis ensueños apostólicos del seminario, había sucedido de pronto la visión de una tragedia. Sobre aquel cuadro todo luz, todo expansión, todo alegría de los pueblos que yo creía cristianos y que por tanto tiempo había embelesado mi alma, acababa de caer una mancha roja, como de sangre, que quitaba toda la alegría del cuadro y apagaba toda la luz.

¡Ay! ¡Abandono del Sagrario, cómo te quedaste pegado a mi alma! ¡Ay! ¡Qué claro me hiciste ver todo el mal que de ahí salía y todo el bien que por él dejaba de recibirse!

¡Ay! ¡Qué bien me diste a entender la definición de mi sacerdocio haciéndome ver que un sacerdote, no es ni más ni menos que un hombre elegido y consagrado por Dios para pelear contra el abandono del Sagrario...!".

La impresión de este Sagrario abandonado sella para siempre su alma, y allí el Espíritu Santo le marca la ruta hasta el fin de su vida. Se puede decir que allí nace un hombre para una nueva causa. Allí comienza una nueva historia. El no huir de aquel joven sacerdote, es el inicio de una Obra.

Desde este momento la visión de su futuro ministerio había cambiado para él; ante aquel Sagrario de Palomares había encontrado su vocación especial Un hombre para el Sagrario.

Don Manuel ya tiene un camino propio y no lo perderá de vista durante toda su vida. En todo tiempo y lugar buscará comensales, adoradores y acompañantes de Jesús en la Eucaristía, fomentando su transformación en "almas-hostias" con el Jesús inmolado en cada altar.

La suya será en adelante una vida entregada al Corazón Eucarístico de Jesús y desde aquí, extenderá su radio de acción en todas las direcciones y a todos los niveles.

Convencido de que *eucaristizar* es el apostolado más eficaz, toda su evangelización saldrá de la Eucaristía y estará orientada hacia ella. Siendo ya Obispo escribirá: “Yo sólo quiero ser el Obispo de los desconuelos para dos grandes desconsolados: El Sagrario y el pueblo. El Sagrario desolado porque se ha quedado sin pueblo; el pueblo desolado porque se ha quedado sin Sagrario”.

Con la confianza puesta en el Corazón de Jesús, fundará obras sociales para aliviar o remediar el sufrimiento de los pobres; construirá un seminario donde se formen los futuros sacerdotes-hostias, *que sirvan a la Madre Iglesia de balde y con todo lo suyo: No gana panes, sino gana almas...* Abre caminos a una nueva espiritualidad en la Iglesia fundando la Obra para los Sagrarios-Calvarios, hoy –Unión Eucarística Reparadora–, cuya espiritualidad y misión puede ser vivida por niños, jóvenes, adultos seglares, lo mismo que sacerdotes o personas consagradas. Es compatible con todos los estados porque lo que pretende es dar y buscar compañía reparadora a Jesús en su vida eucarística.

Y para que esta corriente de amor y reparación se vigorice y extienda, funda el 3 de mayo de 1921 el Instituto religioso de Misioneras Eucarísticas de Nazaret, y en 1934 la Institución de Misioneras Auxiliares Nazarenas, mujeres consagradas en el mundo con la misma espiritualidad que las religiosas, estando adheridas a ellas.

#### IV. SU PRIMER CAMPO DE ACCIÓN

El 8 de febrero de 1902, unos días después de su misión en Palomares del Río, recibe el nombramiento de capellán de las Hermanitas de los Pobres. Cuando toma posesión de este cargo, el día de la Virgen de Lourdes, su plan estaba ya trazado en función de la vocación especialísima descubierta ante aquel Sagrario.

Las tristezas de estos abandonados de la vida hallaron eco en su corazón compasivo y se encontraron con la tristeza que él

llevaba en su corazón, la del gran Abandonado del Sagrario. Y comienza a trabajar para que los ancianos sean los primeros reparadores de ese abandono.

Se entrega sin reservas a sus queridos ancianitos y se hace anciano con los ancianos. Los escuchaba sin prisa, les preguntaba con interés su historia, sufría sus impertinencias y a cada cual le buscaba su flaco. A los más duros en rendirse a la gracia les hacía su tratamiento especial para irlos acercando y así los ganaba para Cristo Sacramentado.

Años más tarde escribiría: “Ancianitos queridos de las Hermanitas, ya habréis muerto casi todos y habréis visto qué espléndidamente paga en el cielo aquellas horas de compañía el Jesús del Sagrario de aquella capilla...”. Y siendo ya Obispo: “Yo daría con gusto mi anillo pastoral y mi cruz pectoral por ser nuevamente el capellán de las Hermanitas. Los tres mejores años de mi vida han sido los que pasé en vuestra casa de Sevilla”.

## V. ARCIPRESTE DE HUELVA

Se encontraba preocupado el Sr. Arzobispo de Sevilla, don Marcelo Spínola y Maestre por la situación de Huelva, capital de provincia dependiente de Sevilla, dominada por el secularismo, la ignorancia y el odio a la religión católica, con el agravante de que las minas de Riotinto habían atraído a ingenieros y técnicos ingleses con la implantación de escuelas e iglesias protestantes.

El corazón del Prelado, como buen pastor, sufría por la situación de Huelva, pero ¿a quién enviará? Hace tiempo que le ronda un nombre en la cabeza: Don Manuel González. Conoce bien a este sacerdote ardiente y entregado por completo al amor de Jesucristo y a la conquista de las almas por Él. Sí, este sacerdote de mente ágil, de ferviente y entregado corazón es el que Huelva necesita. Sólo tiene un reparo, era demasiado joven para una carga tan grande. Don Manuel, aún no había cumplido los 28 años. Él se expresa así:

“...Señor, (dice a su señor Arzobispo, aludiendo a una conversación tenida días antes), aquí me tiene para repetirle lo que le dije el otro día: ¿cuándo quiere que me vaya a Huelva?”



—Pero, ¿así? ¿tan decidido?

—Sí, señor; completamente decidido. Ahora, que, como a mi Prelado le debo hablar como al Jesús de mi Sagrario, debo decirle que me voy a Huelva tan decidido en mi voluntad como contrariado en mi gusto.

—¿Cómo? ¿Es que no va a gusto?

—Voy obedeciendo los deseos de vuestra excelencia, con toda mi voluntad, pero contra todo mi gusto.

—Me lo explico y no me extraña; espero que ese desprecio de su gusto, para abrazarse a la voluntad del Prelado le ayudará mucho en su misión de Huelva”.

Sé que es Vd. muy joven para un arciprestazgo tan importante y para lo malo que está aquello; yo he vivido allí y lo conozco, pero ¡no importa!

Vaya, pruebe y si no le va bien, se viene.

Las puertas de este Palacio siempre estarán abiertas para usted; y en mí siempre tiene un Padre a quien le puede contar todo, que lo recibirá con los brazos abiertos.

—Y allá me fui —concluye— y allí estuve por espacio de once años largos, y si en algo y en "algunos" por mi pobre gestión se reformó aquello y se acabaron las divisiones y, por medio de escuelas netamente cristianas y cristianizadoras, se comenzó a formar una ciudad nueva, debo lealmente confesar que hay que atribuirlo a estas cuatro cosas o causas:

1ª Que estuve donde Dios me puso y no mi gusto.

2ª Que a pesar de mis muchas flaquezas, puse toda mi confianza en el Corazón de Jesús.

3ª Que abrí todos los días las puertas de mi parroquia a las cinco y media lo más tarde, y que a esa hora estábamos mi coadjutor y yo sentados en el confesonario, con penitentes y sin ellos; y

4ª Que practiqué la predicación callejera "ad laudes et per horas", sin miedo ni respetos humanos”.

Una vez más, como en Palomares, don Manuel no huye. Se abre a la acción del Espíritu y se marcha a Huelva. Durante más de once años vive entregado incansablemente al servicio de sus feligreses. Allí se convierte en el gran apóstol de los niños y de los pobres.

## VI. ¡SALVEMOS EL ALMA DE LOS NIÑOS!

Es el grito que sale de su alma, cuando en los ratos de oración ante el Sagrario de su parroquia, llegan a sus oídos, turbándole la paz del alma, las blasfemias de aquellos niños y su corazón sangra al verlos sin escuela y sin Dios.

Cuando sale a la calle, unos le apedrean, otros le insultan... ¡pobres niños envenenados! ¿Dónde aprenderá el secreto de atraerlos? ¡Donde lo aprendía él todo! ¡A los pies del Sagrario! ¡En las páginas del Evangelio!

Llegó a ser uno de los más grandes catequistas del siglo XX trabajando con todo el entusiasmo de su celo sacerdotal y de su alma de apóstol, por poner cimientos sólidos y profundos a la sociedad, cifrando su esperanza en la enseñanza del Catecismo. Así lo decía a sus sacerdotes palentinos en el año 1936:

“Lo ineludible y trascendental de mi oficio de catequista es persuadirme, dada la guerra actual al alma del niño en la escuela, en la familia, en el ambiente... que si yo sacerdote, sea lo que sea, no enseñe la Doctrina, nos quedamos sin pueblo cristiano...”.

Para que ese pueblo cristiano conozca a Jesús, ame a Jesús, y viva de Jesús, hacen falta catequistas tan llenos de Dios, como de amor a los niños.

“Una catequesis que no termine por tener niños “chiflados” por el Corazón que late en el santo copón, presenta muchas probabilidades de haber perdido el tiempo”.

Don Manuel vivió muy en contacto con los niños, palpó muy de cerca las necesidades de sus almas y supo darse cuenta de que el único remedio de ellas estaba en una práctica viva y sentida de la auténtica vida del Sagrario. Y será ésa la principal dirección que dará a su acción catequística: establecer el contacto entre Jesús y los niños.

Podría decirse que, después del abandono del Sagrario, la obsesión de su alma grande, fueron los niños, su formación catequística y religiosa.

Para educar, para llevar a cabo una auténtica pedagogía de la fe, lo más importante es conocer a los educandos.

Y aportará su experiencia personal de empedernido catequista, diciendo:

“En nombre de los años de más de la mitad de mi vida que llevo tratando, catequizando, educando niños, os digo que los dos mejores libros de pedagogía que he encontrado, y más diría, los dos libros insustituibles para educar que he descubierto, se llaman: el niño y el Evangelio. El mejor libro para estudiar a los niños, son los niños mismos. No hay niños, hay niño. Y el libro del Evangelio nos enseñará cual ningún otro, el procedimiento de ir agrandando al ángel y achicando a la fiera y de ir convirtiendo los ratos y las manifestaciones de fierecilla de nuestros niños en ratos y manifestaciones de ángel y nos dará el secreto del milagro de trocar lobeznos, que son los niños con resabios del pecado original, la ineducación y los malos ejemplos, en dulces y generosos corderillos”.

Según don Manuel, “Catequizar es, enseñar gradualmente la letra del Catecismo, viviendo su espíritu y haciéndolo vivir, con gracia sobrenatural y natural, de estos cuatro modos: Orando y haciendo orar. Narrando y haciendo narrar. Representando y haciendo representar y practicando por la Piedad y la Liturgia y haciendo practicar”.

Aunque recomienda enseñar la letra del Catecismo, era enemigo del simple memorismo.

“No se trata, decía, de empollar una asignatura más, ni una serie de ejercicios o prácticas, sino de inculcar una vida nueva que no es un hábito rutinario sino un principio vital de acción y de influencia para siempre...”.

A sus clases aplicaba tres principios, que podríamos llamar básicos y que aparecen continuamente en sus escritos catequéticos: Enseñar jugando, con el lenguaje propio de los niños y mirándoles con cariño.

Lo más característico de sus catequesis, era la participación activa de los niños, aprendiendo la doctrina con ejemplos, juegos, diálogos, ejercicios escritos; todo visto, oído y ejercitado por los niños, con lo que se aseguraba su atención.

Los niños representaban el Evangelio del día, oficiaban de peticiones del Padre nuestro, de Mandamientos de Dios o de la Iglesia, de Sacramentos, virtudes, vicios, tentaciones y hablando, discutiendo y portándose cada uno según su papel.

“Y como en todo esto, dice don Manuel, los niños se levantan, se sientan, andan de un lado para otro, ejercitan la propia inventiva en perfilar el tipo que representan y sobre todo se ríen a más no poder, he conseguido, entre otras ventajas: primera, que ellos vayan con gusto al Catecismo, y segunda que se enteren del

Evangelio, del Catecismo y de la vida cristiana con solidez y con esperanzas muy fundadas de que lo practiquen”.

La clase de catecismo era, tanto para don Manuel como para los niños, un rato ameno, agradable, divertido e instructivo, en el que efectivamente se aprendía jugando.

Un punto que consideraba importantísimo para la eficacia de la clase de Catecismo, era hablar a los niños con su lenguaje; cuando se les habla así y más aún cuando son ellos los que hablan, el diálogo surge espontáneo, la atención está asegurada y el resultado es que aprenden las verdades de la Religión.

Él mismo nos dice cuánto gozaba en su labor de catequista:

“Me siento tan a gusto en medio de las turbas de chiquillos tan alegres, tan decidores, tan graciosamente indiscretos, tan sin doblez ni hipocresía, tan ufanos y pagados de una mirada, una sonrisa, una medallita de su Obispo, que ante un Pontifical de los más solemnes y un rato de Catecismo, opto por éste con los ojos cerrados y sin vacilar. ¡Se siente uno tan cerca del Corazón de Jesús al lado de ellos!”.

“¿Queréis creer que cuando me veo rodeado y casi ahogado de papeles, respiro esperanzado, pensando en los Catecismos del domingo?”.

Amaba a los niños, a lo Corazón de Jesús y por eso ejercía sobre ellos una atracción irresistible. El Señor le concedió unas dotes personales y un poder de observación y penetración que a veces rayaba en lo extraordinario. Bastará para convencerse hojear su libro “La Gracia en la educación”. La práctica de la doctrina maravillosa que encierra, sería suficiente para que la familia y la escuela fueran auténticos formadores de la niñez, y la sociedad entera estuviera asentada sobre cimientos firmes e incommovibles.

Tanto amó a los niños y sobre todo a los niños pobres, que hubiera renunciado a su episcopado por continuar trabajando con ellos. “¿Qué va a ser de las escuelas?... Puedo decir que algunos ratillos de sueño y algunos más de Sagrario junto con otros de mesa y pluma llevo ya gastados en buscar la ansiada respuesta. Y tan en apuros me ha tenido el no encontrarla todo lo cierta y halagüeña que yo desearía, que ésta fue una de las razones que opuse con respetuosa tenacidad a los superiores jerárquicos para que apartaran de mí o aplazaran al menos, la

cruz episcopal, incompatible a mi parecer, entonces, con la amadísima cruz de mis niños pobres”.

Don Manuel fue además de excelente catequista formador de catequistas, y toda su pedagogía catequística, nos dirá él, la funda en un principio y tres refranes:

- El principio: La catequesis es el catequista.

La esencia de una buena catequesis la resume así: Un catequista con vocación, con la preparación intelectual adecuada, que trate primero con el Corazón de Jesús lo que va a tratar después con los niños y que sobre todo ame a éstos, con el amor que se saca del Sagrario.

- Primer refrán: Nadie da lo que no tiene.

El catequista tiene que estar lleno de Cristo para poder llenar de Cristo a los niños...

- Segundo refrán: No hay que pedir peras al olmo.

Es decir que los niños son siempre niños y hay que tener en cuenta su capacidad de atención... Y don Manuel, con un lenguaje claro y sencillo, iba vaciando sobre sus almas raudales de doctrina cristiana, hecha vida y calor y atracción divina hacia el Amo bendito.

- Tercer refrán: Ojos que no ven corazón no quiebran.

La catequesis ha de ser intuitiva; que la explicación hable al niño todo, a su imaginación, a su inquietud, a su afán de ver y de tocar todas las cosas.

## VII. SUS OBRAS. ESCRITOR

En la trayectoria humana de don Manuel, vida y obra son casi una misma cosa. Vocación y misión están íntimamente unidas con su ideario, sus convicciones pastorales y sus escritos. Ello se debe a que una sola idea asume todo su interés y polariza toda su existencia desde su experiencia carismática de Palomares del Río, donde palpó en toda su crudeza el abandono de los hombres hacia la Eucaristía.

Sociólogo, catequista, fundador, apóstol de los pobres, misionero, formador del clero, escritor, etc. fueron las obras más características del Beato Manuel González.

Se ha dicho que por los frutos se conocerán; por consiguiente en las obras de don Manuel encontramos un fiel retrato suyo.

Hablando gráficamente, como escritor, decía que para él había tres olores que eran sus preferidos y entre ellos entraba el de la imprenta, el olor a tinta. Siempre pensando en las almas, era para él un gran medio apostólico.

Los escritos son el mejor retrato de su autor. A don Manuel se le ha llamado “autor de pluma fecunda”.

En el año 1907 empieza su tarea de escritor que ya no abandonará hasta que la muerte le arranque de la mano la pluma. Treinta y dos años escribiendo sin agotarse, sin repetirse, sin perder el sello de su estilo personalísimo y ameno, siempre nuevo.

Escribe entre ocupaciones, lo que le da más originalidad, porque con poco tiempo para leer no abundan las citas y esto hace que difícilmente encuentre otra filiación literaria que no sea la suya; hay que descartar de esto la Sagrada Escritura, especialmente el santo Evangelio, que es la base donde se apoyan sus escritos y ve repetido en la Eucaristía, la Liturgia y los documentos eclesiásticos.

Su estilo es transparente y sencillo, consiguiendo que los grandes misterios lleguen a penetrar fácilmente en las inteligencias menos cultivadas y al mismo tiempo entusiasmen a los sabios. Es el escritor místico que traslada al papel las íntimas experiencias de su alma. En sus escritos es un corazón que habla al corazón, escribe lo que siente en su vida de intimidad y por eso contagia su fervor.

## VIII. APÓSTOL SOCIAL

Acción social del cura, dice don Manuel, es el conjunto de obras que los católicos han de realizar para ir al pueblo y traerlo a Cristo.

Huelva, Málaga, Palencia, fueron lugares distintos, con problemas diversos, pero con idéntico tratamiento en cada circunstancia y lugar.

Su pensamiento social, su programa de acción en favor de los pobres y desheredados, aparece claro en la *III Semana Social de Sevilla, en 1908*.

Fue invitado a ella por el Cardenal Almaraz, para dar una conferencia sobre *La acción social del párroco*, que él cambia por *La acción social según un párroco*. No se trata de pura doctrina sino de su propia experiencia.

Su palabra es clara, llena de gracia andaluza y de unción evangélica. Era un lenguaje extraño; hablaba del Banco de la Providencia, del Amo, del Sagrario, del laicismo en las obras de celo, y salpicaba de anécdotas su charla rebosante de amenidad y colorido. ¡Qué peregrina definición de la Acción Social la suya, y qué olvidada a fuerza de preocuparse demasiado de la parte humana!

“La Acción Social Católica es un viaje de ida y vuelta, que empieza el de ida en Cristo y termina en el pueblo, y empieza en el pueblo el de vuelta y termina en Cristo”.

Enumera las soluciones que dan los sociólogos; el dinero, la influencia y ascendiente personal, la ciencia sociológica. Él, sin negar ningún valor a esos elementos y reconociendo que algo de todo eso hace falta, da una solución bastante olvidada y es: “Hay que contar con Dios más de lo que se cuenta”. Dice que su teoría no es de él sino que la ha sacado del Evangelio. Expone a grandes rasgos la vida de un Cura en un pueblo descreído que es fiel retrato de lo ocurrido a él en Huelva y pregunta: “¿Qué hará?”.

“Yo creo que si ese cura tiene sangre cristiana en sus venas no tiene otro recurso que irse al Sagrario y hartarse de llorar, contando sus desolaciones a su Compañero de abandono; a Jesucristo solo y despreciado, y repetir esa faena una y muchas veces y yo os aseguro señores, que es una amenaza terrible para un pueblo impío un Cura llorando ante un Sagrario desierto. Ahí, es donde yo creo, que ha de empezar ese Cura para su Acción Social Católica. Y lleno de Cristo que se lance al pueblo, que vendrá el milagro de su regeneración”.

Ahí está su programa social, contar primero con Dios y después vengan escuelas, patronatos, cajas rurales, granjas, ban-

das de música, ropero y panadería para los pobres y un enjambre de personas colaboradoras en las distintas actividades rebotantes de vida que él emprende para el servicio de los más pobres y marginados.

En aquella charla amena, caldeada de amor a Dios y a los pobres, no se habían expuesto programas complicados de reformas sociales, pero ¡con qué providencial oportunidad se había recordado el Evangelio y se centraba y colocaba la acción dentro de lo sobrenatural!

Veintitrés años más tarde, en 1931, procedió don Manuel a una nueva edición de su conferencia. Y se preguntaba en el prólogo que entonces le puso, si tenía algo que rectificar o completar y dice: “Lo que vi, sentí y aconsejé como cura, lo sigo viendo, sintiendo y aconsejando como Obispo... Sigo creyendo que mientras no llevemos nuestro amor al Corazón de Jesús y a los prójimos por él hasta la chifladura, o llámese con nombre más serio o técnico lo que eso representa, esa pobre cuestión social no la resuelve nadie. ¡Nadie!”.

#### IX. CONGRESO CATEQUÍSTICO DE VALLADOLID

Junio de 1913. Se celebraba el Primer Congreso Catequístico Nacional y a él fue invitado don Manuel por el Sr. Arzobispo don José María Cos y Macho. Ya tenía fama de buen catequista, pero este Congreso fue uno de los hechos que más contribuyó a dar a conocer al Arcipreste de Huelva.

Significó un segundo impulso, tan fuerte como el de Sevilla, en la fama nacional del Arcipreste. Nueva consagración, esta vez, no social, sino catequética.

#### X. PIEDAD MARIANA

No es fácil expresar en pocas líneas lo que fue para don Manuel la devoción a la Virgen Inmaculada. Se puede decir que toda su vida estuvo dedicada a Ella. Centrada en Ella junto con la Eucaristía.

Todo su sacerdocio está lleno de un amor intenso a María; por donde pasaba dejaba la huella de su Madre Sacerdotal en



el alma de los que trataba; esta huella de la Madre, siempre unida a la de su Hijo Jesús.

El 17 de enero de 1912 se consagra a María con la Esclavitud Mariana. Años más tarde, recordando aquella consagración escribió: “Reina mía, que no te olvides Tú nunca de la rúbrica que puso y está dispuesto a renovar aunque sea con sangre de sus venas, Tu Esclavo, el Arcipreste de Huelva”.

Si antes su amor hacia María no tenía límites, desde ese momento no sabrá dar un paso sin Ella.

Será la Madre buena de sus niños pobres de Huelva, de sus seminaristas de Málaga, la que le saque de apuros cuando se vea envuelto en los aprietos de la escasez de medios para sus obras, y siempre su gran intercesora ante Jesús; todo se lo pedirá a Él por su Madre Inmaculada.

En la formación de sus seminaristas procuró que así como en su vida personal los dos grandes amores siempre fueron la Eucaristía y María, también lo fueran para ellos. No que Jesús y María fueran parte del Seminario, sino que el Seminario fuera de Jesús y de María, para que el día de mañana, sus seminaristas de hoy, fueran celosos sacerdotes y dieran a Jesús y a María.

“Madre Sacerdotal, que en la Visitación llevas a tu Jesús con prisa, que la prisa de llevarlo a los que lo necesiten, no deje quietos a tus sacerdotes”.

Rezaba diariamente el Rosario completo y así lo aconsejaba a sus sacerdotes; escribió para ellos el libro *El Rosario Sacerdotal*.

“Tengo tal fe en el Rosario bien rezado y bien meditado de los sacerdotes, que no vacilo en esperar de él milagros de triunfos propios y sobre las almas”.

Hace su entrada en Palencia el día de la Virgen del Pilar para que sea Ella la que lo presente a sus palentinos.

Dos meses antes de morir va a Zaragoza a despedirse de la Virgen. Celebró la Misa en la santa Capilla y al terminar subió al camarín a darle su beso de despedida, un beso en la cara, como se besa a las madres, decía él. No será muy larga la separación, dentro de poco se volverán a ver... en el cielo.

Ya en el Sanatorio de Ntra. Señora del Rosario de Madrid, a punto de consumir su sacrificio, llega su hermano de Sevilla

llevando una estampa de la Virgen de la Alegría: –Mírala Manolo, esta mañana, delante de su altar se está celebrando una Misa por ti. Abrió los ojos, sonrió y la besó. Las palabras del Magnificat, fueron las últimas que habló con claridad.

Y como colofón de su amor y confianza en la Virgen, la oración que le escribió siendo Arcipreste de Huelva en el año 1909, *¡Madre! ¡Que no nos cansemos!:*

¡Madre nuestra! ¡Una petición!: ¡Que no nos cansemos!

Sí, aunque el desaliento por el poco fruto o por la ingratitud nos asalte, aunque la flaqueza nos ablande, aunque el furor enemigo nos persiga y nos calumnie, aunque nos falten el dinero y los auxilios humanos, aunque vinieran al suelo nuestras obras y tuviéramos que empezar de nuevo... ¡Madre querida...! ¡Que no nos cansemos!

Firmes, decididos, alentados, sonrientes siempre, con los ojos de la cara fijos en el prójimo y en sus necesidades, para socorrerlos y con los ojos del alma fijos en el Corazón de Jesús que está en el Sagrario, ocupemos nuestro puesto, el que a cada cual ha señalado Dios.

¡Nada de volver la cara atrás!

¡Nada de cruzarse de brazos!

¡Nada de estériles lamentos!

Mientras nos quede una gota de sudor o de sangre que derramar, unas monedas que repartir, un poco de energía que gastar, una palabra que decir, un aliento en nuestro corazón, un poco de fuerza en nuestras manos o en nuestros pies... que puedan servir para dar gloria a Él y a Ti y para hacer un poco de bien a nuestros hermanos...

¡Madre mía, por última vez!

¡MORIR antes que cansarnos!

## XI. LA CRUZ DEL EPISCOPADO

El prestigio del Arcipreste de Huelva había llegado a todos los rincones del país. Sus obras, sus escritos, su apostolado social eran conocidos dentro y fuera de España. Su conferencia en la III Semana Social de Sevilla en 1908, y su intervención en el Primer Congreso Catequístico de Valladolid en 1913, le gran-

jearon una merecida y unánime fama. El clero español de principios de siglo descubrió en don Manuel González un auténtico adelantado en nuevas técnicas apostólicas de fecunda aplicación parroquial. La jerarquía puso sus ojos en él como prototipo de sacerdote evangélico.

En el verano de 1915, estando descansando en tierras de Ávila, le llega una carta de Mons. Ragonessi, Nuncio de Su Santidad en España, donde se le anunciaba que había sido propuesto para Obispo Auxiliar de la diócesis de Málaga. Don Manuel viaja a San Sebastián donde se encontraba el Nuncio dispuesto a renunciar a este nombramiento, para el cual se consideraba inepto. Su sincera humildad encontraba numerosas razones para no aceptar el episcopado. Fueron inútiles sus argumentos y súplicas. Pese a sus ruegos, hubo de convencerse de que aquélla era la voluntad de Dios y la voluntad del Papa.

El día 8 de diciembre es preconizado Obispo Titular de Olimpo y Auxiliar de Málaga; fue consagrado el 16 de enero de 1916.

Y en Málaga sigue actuando con el mismo estilo, celo y fervor sacerdotal que lo caracterizaban. De 1916 a 1920 es Administrador apostólico. A partir de 1920 es nombrado Obispo propio. Desde el principio su entrega es plena y el ritmo de trabajo pastoral agotador. Su lema eucarístico, ahora de Obispo como antes de Sacerdote, permanece inalterable y así escribe:

“Yo no quiero que en mi vida de Obispo, como antes en mi vida de sacerdote, se acongoje mi alma más que por una pena que es la mayor de todas, el abandono del Sagrario, y se regocije más que por una sola alegría, el Sagrario acompañado”.

“Yo no quiero ser el Obispo de la sabiduría, ni de la actividad, ni de los pobres, ni de los ricos, yo no quiero ser más que el Obispo del Sagrario abandonado.

Para mis pasos yo no quiero más que un camino, el que lleva al Sagrario, y yo sé que andando por ese camino encontraré hambrientos de muchas clases y los hartaré de todo pan. Descubriré niños pobres y pobres niños y me sobraré el dinero y los auxilios para levantarles escuelas y refugios para remediarles sus pobrezas. Tropezaré con tristes sin consuelo, con ciegos, con tullidos y hasta con muertos del alma o del cuerpo y haré descender sobre ellos la alegría de la vida y de la salud.

Yo no quiero, yo no ansío otra ocupación para mi vida de Obispo que la de abrirle muchas trochas a ese camino del Sagrario.

Trochas entre este camino y los talleres y las fábricas de los obreros, y las escuelas de los niños, y las oficinas de los hombres de negocios, y los liceos de los doctos, y los palacios de los ricos y los tugurios de los pobres...

¡Qué dichoso voy a ser cuando logre ver circular por esas trochas y senderos a mis conquistados para el Sagrario! ¡Qué soberanamente dichoso voy a ser cuando vea llegar las irradiaciones de la lámpara del Sagrario sobre la frente sudorosa de los obreros, sobre la cara sonriente de los niños, sobre las mejillas de rosa de las doncellas, sobre los surcos y arrugas de los ancianos y afligidos!...".

Si como Arcipreste de Huelva supo adaptarse a todo y a todos, difundiendo siempre la doctrina evangélica en sus escuelas, catequesis, barriadas obreras, obras parroquiales y demás actividades inspiradas siempre por un amor ilimitado al Amo, como Obispo de Málaga multiplica sus contactos con todas las gentes poniendo de manifiesto su humilde sencillez y la actitud incansablemente servicial de su alma apostólica.

En Málaga lleva a cabo su gran "sueño pastoral", la construcción de un nuevo Seminario para la formación integral de sus seminaristas, fruto milagroso de su fe heroicamente vivida. El Seminario-pueblo, el Seminario-hogar, que tanto deseaba para sus seminaristas, donde se encontraran como en su propia casa. Fomentó los catecismos parroquiales dotándolos de los mejores medios sugeridos por la pedagogía religiosa, multiplicó las escuelas parroquiales, concediendo las subvenciones que estaban a su alcance para conseguir la hermosa realidad de una escuela católica en espíritu, en tendencia, en profesión y en obras. En su empeño y generosidad desplegados en ayudar a los centros catequísticos llegó a exponer su decidido compromiso: De hoy para siempre debía saberse que hasta su pectoral y su anillo estaban a disposición de los Catecismos, pues prefería desprenderse de sus insignias episcopales antes que dejar morir a un solo Catecismo por falta de recursos económicos.

En Málaga encuentra el calvario y la cruz. El incendio del palacio episcopal al mes escaso de proclamarse la república el 14 de abril de 1931, colocó a don Manuel en el ara del sacrificio.

Su despedida por carta de sus diocesanos de Málaga es todo un testimonio de virtud acrisolada:

“¿Con pena? ¿Con alegría? ¿Con amargura de derrotado? ¿Con satisfacción de vencedor? ¿Queriendo? ¿Odiando? Me voy obedeciendo y, por consiguiente, triunfando. El que obedece triunfa...”

Sali de Málaga llorando... Y ésa es mi despedida de mis malagueños. ¡Mis lágrimas! Ellas os dicen que os he querido de corazón, con toda mi alma, y en medio de mi pena, me dan el consuelo de decirme que he cumplido con vosotros el principal, el esencial deber de un pastor: amar a sus ovejas. No se llora al dejar lo que no se ama. ¿Con acierto? ¿Sin acierto? Dios lo sabe y nos juzgue a todos con misericordia”.

De Málaga a Palencia pasando por Gibraltar y Madrid; más de cuatro años de doloroso destierro de su querida diócesis malagueña.

Entra en Palencia el 12 de octubre de 1935, entrada verdaderamente apoteósica. Palencia quiere recibir a su Obispo con espíritu de justa reparación. Las disposiciones interiores del nuevo Obispo suponen un alma purificada y desasida de todo: “Me ofrezco como pequeña hostia sonriente y quiero ser el Vicario del Corazón de Jesús en Palencia”. “¡Qué mayor alegría para mí que caer en esas calles muerto por hacer bien a mis hijos de Palencia!”.

¡Sencillo programa de amor sacerdotal manado a borbotones de su corazón magnánimo!

En Palencia se entrega con creciente denuedo a fomentar a todos los niveles los contactos con sus diocesanos, da nuevo impulso a todas las obras eucarísticas; su predilección sigue puesta en el seminario y en los sacerdotes...

Las muchas pruebas pusieron cerco a su noble corazón y la tragedia de España, en una fratricida guerra de liberación, acababan de minar su quebrantada salud. Hay un apunte biográfico de expresivo valor profético en septiembre de 1939: “Entro de Ejercicios en el seminario. Molesto con frecuencia y dolor... palpitations del corazón, flaqueza de la cabeza, en general sin dolor, cansándome pronto de oír “attente”. Con el espíritu agobiado por falta de fuerzas para cumplir mis ministerios, principalmente la Visita pastoral y todo lo que sea movimiento y acción corporal... Perplejidad entre la esperanza de mi curación por un milagro de la misericordia del Corazón de Jesús y el presentimiento de mi próxima muerte. He aquí mi estado”.

Estaba ya maduro para el cielo y el Amo tenía prisa por darle el premio merecido a su generosa entrega. El 4 de enero de 1940, en el Sanatorio del Rosario de Madrid, se está consumando el sacrificio del que siempre y en todo quiso ser sacerdote-hostia. Ya unos días antes de ir a Madrid, haciendo un gran esfuerzo por su debilidad física, había escrito en Palencia su epitafio:

Pido ser enterrado junto a un Sagrario, para que mis huesos después de muerto, como mi pluma y me lengua en vida, estén siempre diciendo a los que pasen: ¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No dejadlo abandonado!